

Cuando la memoria desborda

Jean Meyer

En su *La mémoire saturée* (París, Stock, 2003), Régine Robin escribe un hermoso ensayo sobre la obsesión y la saturación de la memoria, sobre el discurso de “la memoria colectiva”, el “deber de memoria”. Habla de los Estados Unidos y de sus “pasados legendarios transformados en mitos” que se encuentran en el corazón de la cultura nacional; habla del conflicto israelí-palestino y de la “lucha simbólica por el lugar de la víctima”. La memoria israelí tendrá “que repensar su relación con el genocidio, puesto que en el núcleo de la mitificación, de la sacralización, está su revés: una ritualización rutinizada, un terrible ‘turismo de la memoria’, una saturación de los discursos”. De Francia menciona los agujeros negros y los tumores de la memoria. Había terminado su libro cuando, en Alsacia, la construcción de un memorial recalentó el asunto de los “*malgré nous*” (contra nuestra voluntad), esos 130 000 alsacianos y lorenos, incorporados a partir de 1942 al ejército alemán y a las Waffen SS.

Olvidados por el resto de Francia, son recordados con amargura en las dos provincias anexadas por Hitler. Hay una enorme literatura de circulación local en un 95%. El 21 de diciembre de 2002 el secretario de Estado para los Veteranos, Hamlaoui Mekachera, un argelino que optó por la Francia (otro drama de la historia nacional), puso la primera piedra del memorial frente al campo de concentración de Struthof, sitio también del futuro Centro Europeo del Resistente Deportado.

El asunto es molesto porque toca muchos problemas, el de la capitulación francesa de 1940, el de la colaboración del estado de Vichy y de muchos franceses con el reich, el de la disputa franco-alemana alrededor de Alsacia y Lorena entre

1870 y 1944, el de la memoria del comunismo por fin: la mayoría de los “*malgré nous*” pelearon contra el ejército soviético, 20 000 murieron detrás de las alambradas del siniestro campo de Tambov, en Rusia; 5 000, hasta la fecha, siguen “desaparecidos”. Entre los veteranos corre la idea de pedir al Estado un arrepentimiento oficial por el abandono de Alsacia-Lorena en 1940 o, por lo menos, un texto oficial: “la República francesa expresa, en nombre de la nación, su solidaridad con los alsacianos-lorenos, víctimas de la historia”.

Los arreglos de cuentas con el pasado, evocados en el número 5 de *Istor*, en las diferentes sociedades liberadas de varias formas de despotismo, entre ellas la española, se encuentran en un libro colectivo: *Las políticas hacia el pasado* (Madrid, 2000, Istmo). El subtítulo es claro: “Juicios, depuración, perdón y olvido”; la obra está coordinada por Alexandra Barahona, Paloma Aguilar y Carmen González Enríquez. Las coordinadoras no piensan que la transición sea responsable de los defectos del sistema político español, por no haber perseguido penalmente a los responsables de la represión franquista ni depurado la administración. “No hemos encontrado correlación clara entre las políticas de investigación y de justicia retrospectivas y el funcionamiento general de las democracias que nos permitan afirmar que aquéllas sean necesarias para la consolidación de un régimen democrático”.

Eso lo confirma el libro de Norbert Frei, traducido del alemán al inglés como *Adenauer's Germany and the Nazi Past* (Nueva York, Columbia University Press, 2002), que estudia el paso de la desnazificación inicial a una política de amnistía e integración. Frei sugiere que de esa manera los alemanes reconocían indirectamente la participación de toda una sociedad en la empresa nazi; era una manera de autoabsolverse. Queda abierta, sin embargo, la pregunta de saber si posponer la confrontación con la historia –Alemania es hoy una de las naciones más introspectivas, obsesionadas con el pasado– fue el mejor camino.

NI VENGANZA NI ABSOLUCIÓN

Esa sería la solución española, aunque se pueda ver una forma de venganza en la presente inversión historiográfica: después del “silencio de los republicanos” (Malén Álvarez, *El País*, 9 de febrero de 2003:12) y del monopolio franquista de la palabra, después de un mutismo general correspondiendo a la transición de-

mocrática, ha llegado la revancha antifranquista. En 2002 la editorial Crítica (Barcelona) publicó el libro colectivo coordinado por Julián Casanova, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, sobre el paso del terror caliente de la guerra civil a la fría represión de la dictadura que contó con una amplia base social y con la Iglesia católica. Casanova había publicado el año anterior *La iglesia de Franco* (Madrid, Temas de Hoy) para ajustar cuentas con el clero que sufrió en esa guerra la peor hecatombe de su historia y fue parte principal de lo que Manuel Azaña llama “políticas de venganza y exterminio”.

Mucho más fría, y por lo mismo más fuerte, es la edición de José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil*, vol. I, julio-diciembre 1936 (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002). El cardenal primado de Toledo fue una de las figuras más controvertidas de la guerra civil, y la publicación de su archivo de julio de 1936 hasta su muerte, en 1940, va a ser una aportación magna. En ese tomo no se puede subestimar el impacto que le causó la muerte violenta de doce obispos y de más de 6 000 sacerdotes y religiosos; posiblemente los historiadores no han tomado todavía la medida de este acontecimiento y de sus consecuencias (y orígenes). Otra aportación del presente tomo es que Roma no era Toledo y que la línea proFranco del cardenal encontraba una fuerte oposición en el Vaticano. Confirma lo escrito por el jesuita catalán Miguel Batllori en sus *Recuerdos de casi un siglo*, y también, en su tiempo, por Georges Bernanos y el padre Gallegos Rocaffoul.

El 10 de marzo de 2003 el parlamento navarro aprobó por mayoría una declaración, redactada inicialmente por una asociación de familiares de 3 000 fusilados y desaparecidos en 1936, mencionando que las ejecuciones se llevaron a cabo “no sólo con el beneplácito de la jerarquía católica [...], sino en algunos casos con su participación directa”. La declaración viene en forma de “reparación moral”. El arzobispo de Pamplona, Fernando Sebastián, había pedido se retirara la frase citada. Le parecía “justo y recomendable” el reconocimiento de las víctimas, pero que la frase “no es verdadera y resulta gravemente injusta e injuriosa”. “Estamos dispuestos a reconocer los hechos censurables de los que aparezcan como responsables algunos miembros de la Iglesia”, pero el reconocimiento de Franco no puede interpretarse como una “aprobación” de los fusilamientos (*El País*, 8 y 11 de marzo de 2003).

Babelia, en su número del 24 de mayo, bajo la pluma de Santos Juliá, le dedica dos planas enteras a “*Nueva luz sobre el pasado: una hornada de libros, fruto de largos años de investigación, desvelan los aspectos más sombríos de un pasado de Guerra Civil y violencia*”. El mismo historiador había publicado un artículo estimulante, “Echar al olvido”, en el número 129 de *Claves de Razón Práctica*.

El olvido estaba lleno de memoria, no cabe duda. 

Los judíos *en la memoria polaca* *Los polacos* *en la memoria judía*

Jean Meyer

- Apfelbaum, Marian, *Retour sur le ghetto de Varsovie*, París, Odile Jacob, 2002.
- Bartoszewski, Wladyslaw, y Anthony Polonsky (eds.), *The Jews in Warsaw: a History*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1990.
- Czapski, Joseph, *Terre inhumaine*, Lausanne, L'Age d'Homme, 1978.
- Fisher, Ian, "Using a Peaceful Time to Reclaim a Painful Past", *New York Times*, 5 de octubre, 2002.
- Gross, Jan T., *Les voisins. 10 juillet 1947. Un massacre de juifs en Pologne* (trad. del inglés: *Neighbours*), París, Fayard, 2002.
- Kauffmann, Sylvie, "La Pologne, les juifs et la mémoire", *Le Monde*, 11 de diciembre, 2002, p. 15.
- Machcewicz, Pawel, *Wokol Jedwabnego* (Alrededor de Jedwabnego), Varsovia, Instituto de la Memoria Nacional, 2002, 2 tomos.
- Minczeles, Henri, "Lituania, Pologne, souvenons nous", *Le Monde*, 10 de enero de 2003.
- Roth, Joseph, *The Wandering Jews*, (1937), Nueva York, Norton, 2000.
- Smolar, A., "Les juifs dans la mémoire polonaise", *Esprit*, núm. 6:I-30, 1987.

En su cuento *El busto del emperador*, Joseph Roth evoca la presencia judía en la Polonia resucitada después de la primera guerra mundial. Un viejo noble de la difunta Doble Monarquía ha conservado su hacienda en esa Galicia que perteneció a los Habsburgo; un buen día, la administración polaca le ordena retirar el busto del difunto emperador Francisco José que se encontraba en la entrada. Lo que hace el noble es poner el busto en un ataúd y organizar un solemne sepelio, en el

cual participa toda la comunidad, encabezada por sus tres pastores, el sacerdote católico, el sacerdote ortodoxo y el rabino judío. Siguen cuatro campesinos, cargando el ataúd, luego el conde Francisco Javier Morstin y, detrás de él, el judío Salomón Piniowsky, con la bandera negra y amarilla del águila bicéfala; luego, todo el pueblo: hombres, mujeres y niños.

Joseph Roth, austriaco de familia judeo-polaca, muerto en el exilio en París en 1939, evoca de esa manera surrealista el destino alternativo que él soñó para Europa, no una Europa dividida en naciones violentas, amargas, agresivas, intolerantes, persecutorias cada una de sus minorías, sino una Europa representada por ese microcosmos que es el pueblo del conde Morstin. En el librito *Judíos errantes*, publicado a finales de los años veinte, luego reeditado en 1937, el periodista y escritor describe el destino lamentable de los judíos de Europa Oriental después de 1918; en el postfacio de 1937 subraya que, con la novedad hitleriana, el destino de los de Europa Occidental es igual, y que para todos va a ser peor. Sin imaginar el genocidio, sabe que viene un desastre. Su libro termina así: “Los judíos piadosos podrían conservar el consuelo del más allá. En cuanto a los demás, ‘*vae victis*’ ”.

Roth no vio consumarse el crimen mayúsculo. El polaco Joseph Czapski, reflexionando sobre la responsabilidad colectiva de los alemanes, escribe: “Miles y miles de polacos absortos en su propia desgracia, en el combate por Polonia, o para sobrevivir, vieron con indiferencia la aniquilación de los judíos en Polonia; hasta hubo gente para alegrarse: ‘Claro, Hitler es la encarnación del mal, pero hizo algo bueno, algo que no hubiéramos sabido hacer: nos quitó a los judíos de encima’. Esa frase, más de uno de nosotros pudo escucharla [...] No es mi intención comparar las faltas cometidas por Polonia con el fenómeno posiblemente único en la historia –llamado hitlerismo–. Hay una diferencia entre nuestras faltas y esa pirámide de crímenes contra la humanidad”. Sin embargo lo hace, notablemente, cuando el tema era todavía tabú, en los años sesenta.

En 1987, Aleksander Smolar tomó el toro por los cuernos al constatar que “la cuestión judía” había vuelto a Polonia, para los polacos, como “problema de su historia, de su responsabilidad moral, de su dificultad de poner en duda la imagen que tienen de sí mismos” (1987:1). Cuando los acusan de antisemitismo, los polacos invocan su tradición secular de tolerancia que, ciertamente, alguna vez hizo

de Polonia el hogar judío, cuando toda Europa expulsaba o perseguía a los judíos; olvidan el antisemitismo de los años 1870-1939. En cuanto a los judíos, tienen tendencia a “leer la historia polaca como un proceso de antisemitismo creciente”, primero religioso, después socioeconómico y finalmente nacionalista, especialmente después de 1918.

Según Smolar, “la historia de la preguerra (1918-1939) no explica la actitud generalmente hostil y muy emocional de muchos judíos para con los polacos y Polonia, la cual engendró un estereotipo del polaco, generalmente aceptado en el mundo. Para entender ese fenómeno, hay que conocer el periodo que empieza con la invasión alemana, el 1 de septiembre de 1939”. Smolar subraya que de todos modos los polacos no podían salvar a los tres millones de judíos polacos, ni a los tres millones de judíos deportados a Polonia para ser masacrados. “Sólo los Aliados hubieran podido cambiar el curso de la historia si hubieran tomado conciencia de lo que estaba pasando, si hubieran tenido la voluntad de salvar a los judíos, costara lo que costara. Por lo tanto, no se trata de la suerte reservada a la comunidad judía, en la controversia entre polacos y judíos; se trata de juzgar moralmente la actitud de la población polaca frente al exterminio. El objeto de la controversia sigue siendo muy importante, pero hay que ver sus límites” (p. 3).

Smolar presenta claramente la visión “polaca” y la visión “judía” de la historia y estima que ambas usan excesivamente colores puros, sea para defenderse, sea para atacar. Él acepta la opinión de los historiadores judíos que ven en el comportamiento de los polacos durante la guerra la prolongación lógica de un viejo antisemitismo; sin embargo, estima que tienden a olvidar o minimizar un hecho importante: “entre el antisemitismo de finales de los años treinta y el Holocausto, el territorio polaco había sido dividido y sufría una doble ocupación, alemana y soviética, y el sentimiento nacional polaco soportaba muy mal la actitud de la comunidad judía frente al invasor soviético” (p. 5).

La buena acogida reservada por los judíos a los soviéticos armó un trágico círculo vicioso; amenazados por la corriente radical nacionalista de Polonia, los judíos simpatizaron con los soviéticos (los “rusos” para los polacos), confirmando así cierto nacionalismo polaco en su sospecha de que los judíos eran una quinta columna. Eso puede explicar la indiferencia de buena parte de la población cuando empezó el crimen nazi. Milosz, Andrzejewski, Rudnicki, Mrozek lo señalaron

hace mucho. La gente, si bien sentía que eso era un horror, pensaba a la vez que era parte de los horrores de la guerra y de la ocupación; que además no era asunto de los polacos, sino una contienda entre alemanes y judíos, dos pueblos enemigos de Polonia.

Después de 1945: silencio. Silencio y antisemitismo, hasta en las filas comunistas, especialmente entre los veteranos de la resistencia comunista. ¡Oh, paradoja! En un país prácticamente sin judíos. Al grado que los numerosos polacos que habían ayudado, individualmente, a los judíos, podían pensar como Maria Hochberg-Marianska: “Me pregunto si, fuera de Polonia, la gente podrá entender que el hecho de haber salvado a un niño de la mano asesina puede ser motivo de una profunda molestia, hasta de deshonra” (p. 13).

El Concilio Vaticano II, la lucha de Solidaridad en Polonia con gente como Adam Michnik y Jacek Kuron, la acción del papa polaco a partir de 1978, la caída pacífica del régimen comunista en 1989, todo eso ha cambiado el clima y ha permitido la apertura verdadera de una “controversia”, según se puede ver en el flujo creciente de publicaciones. Cada mes, cada semana, trae algo nuevo, los historiadores no acaban de interrogar la Shoah, de rectificar el relato, de utilizar nuevas fuentes; historiadores polacos y del resto del mundo.

Una nueva generación de historiadores alemanes se hace notar por la calidad de su trabajo, como el de Dieter Pohl sobre los judíos de Galicia oriental, aislados por su (breve) colaboración con el poder soviético. El politólogo polaco-americano Jan T. Gross causó escándalo en el 2000 al escribir sobre el pueblito de Jedwabne, en la región de Bialystok. El 10 de julio de 1941, 1 600 judíos –60% de la población del lugar– habrían sido masacrados, no por el comando especial B (nazi), como lo cuenta la tradición, sino por los “vecinos” polacos... Uso el condicional “habrían” para subrayar que el trabajo de Gross cayó como una bomba, fue muy mal recibido y, en una primera etapa, descalificado. Poco después sus afirmaciones fueron confirmadas por una gran encuesta del diario *Rzeczpospolita*, y más tarde por el otro gran diario, *Gaceta Wyborcza*, el de Adam Michnik. La ola siguió su marcha, sacudiendo a toda Polonia, al Estado, a la Iglesia, a los intelectuales, llevando finalmente al presidente Kwasniewski a organizar una ceremonia oficial de desagravio en Jedwabne, durante la cual pidió perdón, en nombre de Polonia, a la comunidad judía. ¡Cuánto camino recorrido en tan poco tiempo!

Treinta meses después del debate histórico más importante de Polonia desde la caída comunista, el historiador de 36 años Pawel Machcewicz publicó una voluminosa obra colectiva, un informe *Alrededor de Jedwabne*. Había sido encargado al Instituto de la Memoria Nacional, creado en el 2000 por el congreso, precisamente bajo el impacto del libro de Gross. Esa valiente y valiosa empresa ha sido, para muchos, la ocasión para revisar la historia polaca y la imagen de una Polonia inocente y mártir. El tomo primero reúne análisis e interpretaciones de los historiadores; el tomo segundo, los documentos. Queda comprobado que no sólo Gross tiene razón, sino que en la misma fecha, en junio y julio de 1941, en el momento de la ofensiva nazi contra la URSS, en unos veinte pueblos de la misma región hubo polacos para atacar a sus vecinos judíos. Jedwabne ya no es una aberrante excepción; el informe del instituto pone fin al debate. El hecho es innegable, innegable también que ahora los polacos enfrentan con valor su pasado. Gross ha tenido un papel decisivo al sacudir la conciencia colectiva, quizá más como un moralista que como un historiador. Nadie pudo escaparse del debate, ni la conciencia colectiva, ni la Iglesia, ni los comunistas, ni la izquierda postcomunista, ni Solidaridad. Como bien dice Smolar, “en cada país el debate sobre la memoria es parte de la cultura democrática”. En cuanto a Pawel Machcewicz, después de recordar que tres millones de polacos no judíos fueron víctimas de los nazis, rechaza una interpretación demasiado cómoda del debate, presentada por la prensa alemana: “seríamos, dicen, corresponsables. No. Nosotros los polacos sí fuimos víctimas de la segunda guerra mundial, pero eso no debe impedirnos admitir la horrible verdad de los pogroms”.

Como dice Kristof Czyzewski a Ian Fisher: “tenemos una oportunidad de discutir sobre las cosas más crueles de una manera más o menos pacífica. Debemos aprovecharla, no queremos perderla”, y no hay que aceptar la crítica de los que preguntan “¿Por qué abrir esa herida de nuevo?”. Ese hombre de teatro tiene todo el apoyo del gran Czeslaw Milosz: “Lo quiero mucho, porque he sido siempre multinacionalista”. ❧

¿La historia?

Una materia por definir

Jean Meyer

Los expertos, tanto los pedagogos como los historiadores, discrepan sobre el método y el temario para enseñar la asignatura en primaria, secundaria y universidad; y en educación preescolar también, puesto que, aunque ustedes no lo crean, en México se pretende enseñar la historia “patria” a niños de 4-5 años.

Sobre este último punto, se puede citar el Programa de Educación Preescolar, que se instauró con la modernización educativa de 1992; entre las líneas que enmarcan la dimensión social del pequeño que asiste a este nivel, se pretende que:

“Después de que el niño adquiere la identidad personal, al estar inmerso en la cultura de su localidad, región y país, va logrando la identidad cultural, gracias al conocimiento y apropiación de la riqueza de costumbres y tradiciones de cada estado de la República, de cada región y comunidad, a la cual pertenece, en donde existen diversas manifestaciones culturales como: lengua, baile, música, comida, vestimenta, artesanía, juegos y juguetes tradicionales”.

“En el nivel preescolar, se propicia en el niño el conocimiento y aprecio por los símbolos patrios y por los momentos significativos de la historia, local, regional y nacional. Los valores nacionales: se refiere al fortalecimiento y preservación de los valores éticos, filosóficos y educativos que cohesionan e identifican a los mexicanos, a partir del conocimiento de la historia de nuestro país y de sus características económicas, políticas, sociales y culturales, así como la apreciación de los símbolos histórico-nacionales”.¹

¹ SEP, Subsecretaría de Educación Básica, Dirección General de Educación Preescolar, mayo de 1993.

En tiempos de cambios y movimientos sociales, cuando se insiste tanto sobre “el deber de memoria”, la enseñanza de la historia tiene más actualidad que nunca, y se presta como siempre a la instrumentalización, por no decir a la manipulación. Unos esperan que explique lo que está pasando y cómo se ha llegado a ello; los mismos u otros quieren que se saquen para los alumnos las “lecciones de la historia”; no falta quién le asigne a esta materia el clásico papel de “forjar patria” y civismo. Además de los partidismos ideológicos (y religiosos), están las divergencias pedagógicas: ¿cuál debe ser el enfoque, cronológico, temático?

Ahí van algunos ejemplos españoles. El catedrático de la UNED Javier Tusell (Historia Contemporánea) comenta los decretos de contenidos mínimos que fijó el Ministerio de Educación en 2001: “quieren hacer más España. Plantear todo un hilo conductor, desde Viriato hasta Juan Carlos I. Y eso hace peligrar la función pedagógica y de moral colectiva. Es un producto típico del Partido Popular” (*El País*, 3 de marzo de 2003:26).

La periodista Marta Aguirregomez corta escribe, en la misma plana, un artículo tan bueno como breve, intitulado.

NI TEXTOS “ESPAÑOLISTAS” NI “NACIONALISTAS PERIFÉRICOS”

Los historiadores defienden que los alumnos de secundaria conozcan su historia local, pero siempre que ésta no se separe de la historia de España y entronque con una visión general de Europa y de la historia universal. Algunos historiadores señalan que la enseñanza de la historia se ha querido utilizar, a veces, como instrumento de persuasión nacionalista. “En ocasiones se ha insistido más en defender una identidad propia en vez de hacer una comprensión crítica para entender a los otros”, señala el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza Carlos Forcadell. Y el catedrático de Historia Contemporánea de la UNED Javier Tusell, señala: “Una de las características de España es su pluralidad, aunque también es cierto que España se ha sentido siempre una unidad dentro de esa pluralidad”. Por eso, Tusell advierte del peligro de un excesivo españolismo y no sólo de vasquismo”. Las comunidades con lengua propia fijan el 45% de los contenidos de la asignatura, y las que no, el 35%.

Hace tres años, la Real Academia de la Historia criticó duramente la “tergiversación” de la enseñanza de esta disciplina que se detecta sobre todo en las comunidades con lengua propia. En un informe, la Academia tachaba la visión que de la historia ofrecen los textos de ESO y bachillerato de “parcial, sesgada e inexacta”.

Un año más tarde, un análisis en profundidad del contenido de los libros de texto sobre la historia de España en estos niveles educativos, realizado por la Fundación Jaume Bofill, desmentía rotundamente las tesis del polémico informe de la Academia. El trabajo de esta entidad independiente, que examinó 155 libros de texto (el 80% del total), demostró que el tronco común de la historia de España estaba debidamente documentado en todos los libros.

Durante los años cincuenta y sesenta, la historiografía fue muy nacionalista, imperaba el adoctrinamiento patriótico. Sin embargo, en 1970 este modelo quedó superado y comenzó una historiografía de corte marxista que ponía el acento en lo económico y en lo social. A partir de mediados de los ochenta hasta la actualidad las cosas han cambiado e impera una historiografía más interesada en lo político –donde el Estado juega un papel fundamental en la vida de los individuos– y en lo cultural.

En cuanto a los interesados, o afectados, los estudiantes, muchos creen, antes de la universidad, que la historia es una materia que sirve sólo para el Trivial y los concursos de la televisión.

UNA MATERIA ÚTIL MÁS ALLÁ DEL TRIVIAL Y LOS CONCURSOS

“Cuando se les pregunta para qué sirve la historia contestan que para tener cultura y para ganar al Trivial Pursuit. Tienen un sentido anecdótico de ella, de un pasado muy muerto y no de algo útil para comprender el mundo”, dice el catedrático de Didáctica de la Historia, Rafael Valls.

Algunos estudios reflejan que el conocimiento sobre el presente más inmediato que poseen los estudiantes españoles al acabar la secundaria presenta lagunas. El 80% no sabe nombrar más de seis países de la UE y uno de cada cinco cree que hay países de la UE que no son democráticos, y de éstos una cuarta parte cita entre ellos a Alemania o Austria, según el estudio de la Fundación La Caixa *Los jóvenes ante el reto europeo*.

La profesora Pilar Maestro, coordinadora del proyecto Kairós para la enseñanza de la historia, propone una metodología más activa: “Hay que pensar en la historia como un proceso a entender a partir del planteamiento de un problema. Por ejemplo, si se estudia la revolución neolítica hacer preguntas como: ¿cómo surgieron los primeros agricultores?, o ¿cómo fue posible ese cambio?”.

Sacar la enseñanza de la historia del aula es otra de las apuestas de algunos profesores. El catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza Carlos Forcadell señala “que la gente está rodeada de información histórica: el cine, la literatura, los periódicos, la televisión. La escuela debe sistematizar toda esa información y hacerla rigurosa”.

Cualquier excusa es buena para suscitar el interés de los alumnos: “Recurrir a técnicas nuevas y profundizar en temas que interesen a los adolescentes. Hay que enseñarles a buscar información, fotografías, sonido, vídeos cortos e incluso traerles al abuelo del pueblo para que cuente sus experiencias”, dice Forcadell. 

cajón de sastre

Empezaremos con algunas piedritas para consolidar la gran muralla de los enemigos íntimos. Jorge Semprún, escribe en *F. Sánchez se despide* (Tusquets, 1993: 148-149):

Uno de los procedimientos más frecuentes de los que criticaban mi nombramiento era el de privarme de mi españolidad, haciendo de mí un extranjero. Después de tantos años vividos en Francia, ¿podía seguir siendo verdaderamente español? Además, ¿no había escrito en francés la mayor parte de mis libros? ¿Qué mosca le había picado a Felipe González cuando le dio el Ministerio de Cultura a un escritor francés?

El calificativo que aparecía con mayor frecuencia era el de “afrancesado”, cuya significación histórica es compleja. Desde la época de la Ilustración y de la Revolución francesa, “afrancesado” es un término que se utiliza para descalificar como extranjero a todo partidario de las ideas modernas. Por añadidura, el “afrancesado” de la tradición conservadora es alguien cuyo amor por la libertad se mezcla siempre con la práctica del libertinaje.

Pero la historia de las palabras y de las frases que españoles y franceses han intercambiado por encima de los Pirineos como armas arrojadizas para expresar su recíproca desconfianza, su hostilidad ancestral, es una larga historia, muy anterior a los episodios revolucionarios y napoleónicos.

“San Luis rey de Francia es/ el que con Dios pudo tanto/ que para que fuese santo/ le perdonó el ser francés”. Esta pequeña cuarteta anónima, que encontré durante mi infancia en un libro de lecturas históricas, subraya la antigüedad de

aquel sentimiento popular de hostilidad. Los franceses tampoco han sido mancos en este terreno a lo largo de los siglos. Y sin duda se debe a Montesquieu la fórmula más lapidaria sobre las relaciones entre los dos países. Agradecía a los españoles “que, despreciando a todos los demás, hicieran sólo a los franceses el honor de odiarlos”.

Cualquiera que haya sido la evolución de estas relaciones, algo que aquí no me incumbe (Shlomo Ben-Ami, historiador de la España contemporánea, gran embajador de Israel en Madrid después del restablecimiento por el gobierno de Felipe González de relaciones diplomáticas entre nuestros países, lo ha estudiado en un ensayo tan erudito como divertido, *La imagen de España en Francia*), está claro que desde un cierto punto de vista, el término “afrancesado” no me molestaba. Muy al contrario, podía tomarlo como título de orgullo. Luis Buñuel siempre ha hecho lo mismo: a lo largo de toda su vida ha proclamado su calidad de “afrancesado”.



Geoffrey Nunberg escribe en el *New York Times* del domingo 9 de febrero de 2003 un estimulante artículo intitulado “Character Assassination: The French, there is a word for them”. Empieza con una cita: “Pienso que los franceses son pérfidos en todo esto... La pandilla de la vieja Europa no llegará a sus fines”, dijo el editorialista Morton Kondracke la semana pasada en el noticiario de la Fox “Special Report”, a propósito de Irak. A lo cual su compañero de mesa Fred Barnes replicó: “No sólo pérfidos, sino nada fiables además”.

Luego Nunberg nos da todo un léxico de francofobia desde el principio de la guerra de Cien Años, en 1337, hasta Fox T.V. Si un poema francés, después de la ejecución de María Stuart, habla de los ingleses como una raza “brutal y pérfida” (1587) en 1590 le contesta “the perfidious frenche” en una obra anónima, *Sir Thomas More*, a la cual bien pudo meter mano Shakespeare. Hoy en día, en los grupos de discusión localizados a través de Google, los franceses son calificados de “frogs”, de cobardes que se rindieron en 1940 (“surrender monkeys”); de “ingratos” que salvamos en 1917 y en 1944, de canallas que heredaron a los Estados Unidos el desastre de Vietnam, con un pésimo gusto cinematográfico: les reprochan su pasión por Jerry Lewis y Woody Allen.

Bueno, cuando los franceses ven al presidente Bush como un vaquero tejano siguen por el mismo camino.



Griegos y turcos son otros enemigos íntimos. Después de una simbiosis de siglos, la guerra de 1919-1923 culminó en la expulsión recíproca de dos millones de personas. A finales de los años veinte, Venizelos y Kemal Ataturk intentaron un acercamiento, pero no lograron la reconciliación que, en 1963, Adenauer y De Gaulle sellaron entre Francia y Alemania.



HALLAZGOS

En Etiopía se descubrieron tres cráneos fosilizados, los más antiguos de la especie humana actual. El 11 de junio pasado, el equipo de Tim White dio a conocer los resultados de los estudios de unos hallazgos hechos en 1997, en Herto, un poblado a unos 230 kilómetros al noreste de Addis Abeba. (*El País*, 12 de junio, citando a la revista *Nature* y el comentario del experto Chris Singer).



Descubrimiento en Amazonia de una vieja cultura de 4 500 años de antigüedad, por un equipo arqueológico franco-ecuatoriano; el sitio de La Florida se encuentra cerca de la pequeña ciudad de Palanda, provincia ecuatoriana de Zamora-Chinchipe. “La calidad iconográfica y artística excepcional de la cerámica y de las tumbas es tal que uno se pregunta si dicha cultura no fue la matriz de las primeras civilizaciones andinas, en especial la de Chavín”, comentan Jean Guffroy, Francisco Valdez, Geoffroy de Saulieu y Julio Hurtado. (*Le Monde*, 11 de julio de 2003).



El filólogo alemán Christoph Luxenberg se pregunta en qué idioma fue redactado el Corán. ¡En árabe! Elemental, mi querido Watson. Sí, pero dice el erudito, los manuscritos más antiguos tienen sólo consonantes, ninguna vocal. El sistema

de puntos, que permite distinguir palabras que se escriben igual pero se pronuncian diferente, llegó más tarde, sin que se sepa ni cómo ni cuándo. Luxenberg intenta usar el vocabulario arabo-siriaco para aclarar ciertos versículos oscuros. Los resultados son asombrosos. Así, las famosas huris del paraíso –descanso del guerrero– se transforman de “vírgenes con grandes ojos”, en “frutas blancas como el cristal”... (Rémi Brague, en el número de abril de *Critique*).



Henry Kamen, el conocido hispanista británico, acaba de publicar *Imperio* (Aguilar) para romper mitos de la historia tradicional. ¿Cómo pudo España, país pobre, sin identidad, poco poblado, ser la superpotencia durante casi tres siglos? Contesta que ello no se debió ni a su poder militar ni a una supuesta supremacía cultural, sino a “la colaboración, voluntaria o no, de gente de distinta clase y procedencia”: americanos, africanos, chinos, filipinos, flamencos, franceses, italianos. Según él, España fue la primera multinacional (de la época moderna, porque Roma no fue otra cosa, aunque es cierto que su poder fue local, mientras que el de España fue tricontinental, si no es que mundial) y el imperio formó a España. En inglés, el libro se llama *Spain's Road to Empire. The Making of a World Power* (Londres, Allen Lane, The Penguin Press), y una de sus conclusiones es que el precio a pagar por ser una potencia mundial es el odio: “Como los americanos y los rusos en el siglo XX, los españoles tuvieron que vivir con el odio universal”. Vean la famosa leyenda negra.



Fortuna de los viajes, encontré casualmente *Rivarol, le Français par excellence*, publicado en 1989 (París, Perrin) por Jean Lessay. Nacido en Francia en 1753, este nieto de italiano, traductor de Dante, admirado en Londres, en toda Alemania, en Rusia (su último amor fue la princesa Dolgoruka), y muerto en Berlín en 1801, autor del *Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa*, fue un auténtico europeo y debería ser el modelo de los jóvenes europeos del tiempo presente y por venir. En 1976 Ernst Jünger publicó un brillante ensayo sobre Rivarol.



Paolo di Stefano publicó en *Il Corriere della Sera* (3 de julio de 2003) una carta de Sigmund Freud anteriormente editada en una revista de la Universidad de Siena por Michele Ranchetti, historiador del psicoanálisis y de la Iglesia (dos iglesias). La carta, fechada el 26 de junio de 1930, contesta a la petición de Keren Hajesod, organismo sionista en Jerusalén, que protesta contra los obstáculos puestos por los árabes al culto judío en la Ciudad Santa. Freud explica porqué no firma la petición: “No creo que Palestina pueda jamás ser un Estado judío; tampoco que los mundos cristiano e islámico estén jamás dispuestos a aceptar que sus lugares sagrados pasen bajo control judío. Habría juzgado más sensato fundar una patria judía en una tierra menos cargada de historia. Pero admito que un punto de vista tan racional difícilmente podría levantar el entusiasmo de la gente y el apoyo financiero de los ricos”. Atribuye la “desconfianza palestina en parte al fanatismo irrealista del pueblo (nuestro)”. Concluye: “Ya verán ustedes si, con tal actitud crítica, soy la persona adecuada para confortar un pueblo en la ilusión de una esperanza injustificada”.



SIN COMENTARIO

Nikolai Patrushev, jefe del FSB, ex KGB, declaró en *Literaturnaya Gazeta*, 13 de febrero de 2003: “Después de los famosos acontecimientos de la historia reciente (la caída de la URSS), los órganos de seguridad han dejado de seguir los procesos socioeconómicos y nacional-étnicos; es un error que resulta en la presente bacanal de terrorismo [...] El KGB apreció siempre la información preventiva. Hoy nos hace falta. Sin ese mecanismo secreto, pero legal, la sociedad democrática queda inerme. Sin el apoyo de la sociedad, los órganos de seguridad no podrán parar la creciente ola de violencia y terrorismo internacional. Un control ideológico de la sociedad es absolutamente necesario [...]. Hay que rehabilitar la historia soviética y no dejar lugar al nihilismo y al negacionismo de los primeros años de la perestroïka, cuando empezaron a difamar nuestra historia, primero algunos “defectos”, luego Stalin, luego los “sanguinarios” Dzerzhinski, Ezhov, Beria”.



El 12 de junio de 2003 el gobierno rumano afirmaba en un comunicado oficial que “no hubo holocausto en el territorio rumano”, lo que provocó una tempestad en la prensa nacional y las protestas judía e israelí. Creo saber que el mariscal Antonescu, aliado de Hitler, todavía considerado un héroe por los nacionalistas (la extrema derecha tuvo 28 % de los votos en las presidenciales del 2000) entregó 250 000 judíos rumanos a los campos de la muerte, los cuales, ciertamente, no se encontraban en territorio rumano. Como lo hizo notar el diario *Ziua*, “de haber instalado Hitler los campos de exterminio únicamente sobre el suelo polaco ¿los polacos hubieran sido los únicos culpables del Holocausto?”. El 18 de junio el gobierno del ex comunista Ion Iliescu se asustó y rectificó: “los gobiernos en el poder entre 1940 y 1944 son culpables de graves crímenes de guerra, programas y deportaciones”.



ARCHIVOS EN PELIGRO

Daniel Roche, titular de la cátedra de Historia de Francia en el Siglo de las Luces (College de France), en compañía de Maurice Agulhon, Jean Delumeau, Emmanuel Leroy-Ladurie, Pierre Rosanvallon y Pierre Toubert, lanza un grito de alarma. Los archivos nacionales franceses en París corren un grave peligro debido a la perspectiva de su mudanza a otro lugar y de su división cronológica en dos fondos, antes y después de 1789. Denuncian también las detestables condiciones de trabajo, con todo y los enormes esfuerzos del personal. Por cierto, las condiciones de trabajo son igualmente detestables en la famosa Biblioteca Francois Mitterrand, la ex Bibliotheque Nationale. En cuanto a los archivos nacionales franceses, su situación se parece a la de nuestro Archivo General de la Nación, con su virtual mudanza hacia un destino desconocido.

Puesto que de archivos hablamos, ¿qué pasará con los archivos del extinguido Instituto Nacional Indigenista? Un fondo riquísimo, viejo de 54 años, confiado teóricamente a la recién formada Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CONADEPI) (*El Universal*, 22 de mayo de 2003). ❧

In memoriam

GEORGE L. MOSSE (1919-1999)

Su inmensa obra es prácticamente desconocida fuera del mundo anglosajón, y sin embargo... Sólo los historiadores de “la cultura de la guerra” de 1914-1918 han tomado en cuenta una parte de su obra, la que trata de los efectos de la “brutalización”, de la bestialización de la primera guerra mundial sobre la sociedad europea entre 1917 y 1953. Es muy poco para una obra que resulta esencial para entender el siglo XX europeo. Mosse empezó en 1950 con el estudio de la Reforma en Inglaterra, en 1961 publicó *The Culture of Western Europe: The Nineteenth and Twentieth Centuries, an Introduction* (Londres, John Murray) y luego se centró progresivamente en su gran tema: Alemania, el nazismo, el antisemitismo y el racismo. Eso lo llevó hacia una historia cultural, no la de las ideas sino de las representaciones prácticas y sensibilidades (mentalidades, dirían los franceses) de las mayorías. Su aportación a la historia del nacionalismo europeo, de Alemania, del totalitarismo, es enorme; identificó esos fenómenos como una “religión civil” en sus dimensiones escatológicas.

No hallé en la Biblioteca Nacional Francesa más que sus dos libros traducidos al francés, y en las principales bibliotecas de la ciudad de México no encontré nada. Parroquialismos...

Entre sus numerosas publicaciones, cito las que encontré en las bibliotecas de Nueva York:

Cf. *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, New York, The Universal Library, Grosset & Dunlap, 1964; *Nazi Culture: Intellectual. Cultural*

and Social Life in the Third Reich, Londres, W.H. Allen, 1966; *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1975; *Towards the Final Solution: A History of European Racism*, New York, Howard Fertig, 1978; *Masses and Man. Nationalism and Fascist Perceptions of Reality*, Detroit, Wayne State University Press, 1980; *Nationalist and Sexuality. Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, New York, Howard Fertig, 1985; *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, New York, Oxford University Press, 1990; *The Image of Man: the Creation of Modern Masculinity*, 1996 (del mismo editor); *The Fascist Revolution: Towards a General Theory of Fascism*, New York, Howard Fertig, 1999.

Además escribió mucho sobre la historia del judaísmo: *Germans and Jews: The Right, the Left and the Search for a "Third Force" in Pre-Nazi Germany*, New York, Howard Fertig, 1970; *German Jews Beyond Judaism*, Bloomington, Indiana University Press, 1985; *Confronting the Nation: Jewish and Western, Nationalism*, Hannover-Londres, Brandeis, University Press, 1993. ❧

Errátum

CEROS DE MÁS

En el número anterior hubo un error de transcripción en la página 133, se puso “cerca de cien, con algo más de 100.000 colonos” y debería decir “cerca de cien, con algo más de MIL colonos”. Es importante señalarlo ya que el tema es delicado y la cuestión de los asentamientos uno de los más espinosos.

RECTIFICACIÓN ORTOGRÁFICA

También en nuestro número anterior encontramos un error en la página 161. En lugar de “Asburgo” debería leerse “Augsburgo”. ❧